

## Capítulo 11

### Justo antes del fin

([índice](#))

**Daniel 11:1-2:** También yo en el primer año de Darío, el medo, estuve para animarlo y fortalecerlo. Ahora yo te mostraré la verdad. Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se hará de grandes riquezas más que todos ellos. Este, al hacerse fuerte con sus riquezas, levantará a todos contra el reino de Grecia.

En este capítulo no hay símbolos o figuras que descifrar. El ángel comunica a Daniel las noticias o eventos que van a acontecer en la historia del mundo, expresándose de la forma simple en que un humano explica algo a otro.

El ángel Gabriel ayudó al rey Darío en su reino: “*Como aguas que se reparten es el corazón del rey en la mano de Jehová: él lo inclina hacia todo lo que quiere*” (Proverbios 21:1). El Señor envía hoy a sus ángeles en ayuda de los gobernantes del mundo que se esfuerzan en preservar la paz, de forma que la obra de Dios pueda progresar sin impedimentos.

Los tres reyes que habría todavía en Persia son Cambises (hijo de Ciro), Esmerdis y Darío Histaspes. El cuarto fue Jerjes, más rico que los tres anteriores. Él fue quien declaró una guerra insensata al valeroso reino de Grecia.

**Daniel 11:3-4:** Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder y hará su voluntad. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido hacia los cuatro vientos del cielo; pero no será para sus descendientes, ni según el dominio con

que él dominó, porque su reino quedará deshecho y será para otros aparte de ellos.

Alejandro dominó “con gran poder” e hizo “su voluntad”. Pero la voluntad humana siempre termina en quebranto (Isaías 57:17). La voluntad de Alejandro tuvo que ver con el alcoholismo. Murió inesperadamente el año 323 antes de Cristo, legando el reino de Grecia a quienes habrían de luchar por él. Su hijo, uno de sus “descendientes”, no recibió la corona. En poco tiempo toda su familia había sido asesinada. ¿De qué valieron sus riquezas y gloria?

De aquellas guerras y de aquellos escombros surgieron cuatro reinos liderados por Casandro, Lisímaco, Seleuco y Ptolomeo. Dos de ellos, el rey del territorio norte de Palestina (Seleuco) y el del territorio sur de Palestina (Ptolomeo) vinieron a ser los reyes importantes en este drama. Esa designación geográfica al principio de la visión parece definir a lo largo del capítulo la identidad de los reyes del “norte” y del “sur”, si nos atenemos a la “ley de la primera mención”.

**Daniel 11:5-6:** El rey del sur se hará fuerte, pero uno de sus príncipes será más fuerte que él, se hará poderoso y su dominio será grande. Al cabo de unos años harán alianza, y la hija del rey del sur vendrá al rey del norte para hacer la paz. Pero ella no podrá retener la fuerza de su brazo, y ni él ni su brazo permanecerán; porque ella será entregada a la muerte, y también los que la habían traído, y su hijo y los que estaban de parte de ella en aquel tiempo.

Casandro y Lisímaco reinaron al principio sobre el oeste y el norte, pero cayeron ante Seleuco, quien vino entonces a ser el “rey del norte”. Mientras tanto a Ptolomeo de Egipto se lo conoce como al “rey del sur”. Esos dos reinos guerrearon entre sí por siglos, y vuelven a aparecer al final del capítulo.

La única forma en que podemos comprender razonablemente el capítulo, es identificando al “rey del norte” con el poder que gobierna u ocupa el territorio que fue la zona norte del reino de Alejandro, y el “rey del sur” el de la parte sur del reino de Alejandro. Pueden cambiar las dinastías y las familias, los reyes y los gobernantes; los poderes políticos pueden ser remplazados por otros, pueden correr los siglos, pero los territorios permanecen.

Ptolomeo Filadelfo de Egipto —el “rey del sur”— hizo un acuerdo con Antíoco Teo de Siria —el “rey del norte”— según el cual le daba a su hija Berenice en matrimonio bajo condición de que Antíoco renunciara a su matrimonio anterior con Laodicea. El fin buscado era unir las dos familias reales que guerreaban entre ellas.

Pero parece evidente que Dios nunca bendice el adulterio. “Ella no podrá retener la fuerza de su brazo” (Daniel 11:6). Aquella treta para cimentar su amistad terminó en fracaso. Laodicea envenenó a su marido. La propia Berenice fue asesinada, así como “los que la habían traído” con ella (incluido su hijo). ¿Es esa la única unión adúltera que termina en desastre?

**Daniel 11:7-9:** Pero un renuevo de sus raíces se levantará sobre su trono, vendrá con un ejército contra el rey del norte, entrará en la fortaleza y hará con ellos a su arbitrio, y predominará. Y aun a los dioses de ellos, sus imágenes fundidas y sus objetos preciosos de plata y de oro, llevará cautivos a Egipto; y durante años se mantendrá él alejado del rey del norte. Así entrará en el reino el rey del sur, y volverá a su tierra.

El “renuevo de sus raíces” fue su hermano, Ptolomeo Evergetes. Inmediatamente después de llegar al trono dirigió su ejército al territorio del norte para vengar el asesinato de su hermana, aplastó a sus enemigos y saqueó los bienes de sus cautivos llevando los

despojos a Egipto. La mención de “Egipto” nos indica que debemos entender ese país como siendo el “rey del sur”. Queda también confirmada por analogía la identidad del “rey del norte”.

**Daniel 11:10-11:** Pero los hijos de aquel se airarán y reunirán multitud de grandes ejércitos. Vendrá uno apresuradamente, inundará y pasará adelante; luego volverá y llevará la guerra hasta su fortaleza. Por eso se enfurecerá el rey del sur, y saldrá y peleará contra el rey del norte; este pondrá en campaña una gran multitud, pero toda esa multitud será entregada en manos de aquel.

El mundo estaba dominado por el odio y la venganza. El hijo de Seleuco decidió vengar la conquista del reino en tiempo de su padre, y se pertrechó para invadir Egipto a la vez que reconquistaba el reino de su padre.

Naturalmente, ese nuevo ataque enfureció a Ptolomeo Filopator de Egipto, quien le presentó batalla. Una vez más Egipto emergió victorioso en la batalla de Rafia, el año 217 antes de Cristo.

**Daniel 11:12-13:** Al llevarse él la multitud se elevará su corazón y derribará a muchos millares, pero no prevalecerá. El rey del norte volverá a poner en campaña una multitud mayor que la primera, y al cabo de algunos años vendrá rápidamente, con un gran ejército y muchas riquezas.

Ptolomeo, no conociendo a Dios y no discerniendo el orgullo de su propio corazón, se glorió de su victoria. “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). Había aplastado ejércitos poderosos, pero a su vez fue aplastado por sus propios deseos y pasiones. Asqueados de su gobernante vergonzantemente lascivo, sus propios súbditos se volvieron contra él. Inició una persecución despiadada hacia los judíos. Murió autodestruido, dejando en el trono a su hijo Ptolomeo Epífanés, quien era todavía un niño.

Al “rey del norte” se le unió “una multitud”, “un gran ejército” incluyendo a Felipe de Macedonia, que propuso dividir Egipto entre otros reyes. Llegan a su fin los días de gloria para Egipto.

**Daniel 11:14-16:** En aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del sur. Hombres turbulentos de tu pueblo se levantarán, para que se cumpla la visión, pero caerán. Vendrá, pues, el rey del norte, levantará baluartes y tomará la ciudad fuerte; y las fuerzas del sur no podrán sostenerse, ni sus tropas escogidas, porque no habrá fuerzas para resistir. El que vendrá contra él hará su propia voluntad, y no habrá quien se le pueda enfrentar; y permanecerá en la tierra gloriosa, que será consumida bajo su poder.

“Hombres turbulentos de tu pueblo” en hebreo significa “agresores” u “opresores de tu pueblo” (del pueblo judío). La “visión” que se había de cumplir es en hebreo *hazon*, que nos retrotrae a la visión de Daniel relativa al “cuerno pequeño” (Daniel 8:9-12). Fue en ese mismo tiempo cuando los romanos comenzaron a exaltarse con miras a convertirse en un imperio mundial. Pero el ángel anima al pueblo de Dios. Es como si les dijera: ‘No desmayéis, llegará el tiempo en que “caerán”. Ved cuál será el final de todos los que se oponen a la verdad de Dios: no prosperarán para siempre’.

Por aquel tiempo Egipto estaba bajo la protección de los romanos. Antíoco, el “rey del norte”, ayudado por Felipe de Macedonia, había decidido arrebatarse todo el territorio de Egipto a Ptolomeo, el rey niño. Los romanos le advirtieron de que dejara a Egipto en paz, pero rehusó escucharlos. Invadió Palestina e inició las hostilidades contra las posiciones de Egipto en Asia Menor. Los romanos le advirtieron de nuevo una segunda y tercera vez, conminándole a que desistiera, pero él se lanzó a su guerra de conquista. Hasta las bien fortificadas ciudades de Gaza y Sidón (la ciudad “fuerte”)

acabaron por sucumbir a su poder. Cuando el propio Antíoco invadió Grecia el año 197 antes de Cristo, los romanos se sintieron finalmente compelidos a atacarlo, y lo vencieron en Magnesia. Antíoco huyó a Siria como perro con el rabo entre las piernas, y los romanos lo forzaron a aceptar los términos humillantes de su rendición.

De esa forma los romanos pasaron a ser el nuevo poder “**que vendrá contra él**” y que “**hará su propia voluntad**”. Los romanos entraron “**en la tierra gloriosa**” de Palestina el año 161 antes de Cristo, conquistándola en el año 63.

Roma fue aumentando su poder de año en año. Ya había conquistado Macedonia y Tracia, Siria y Judea. Por entonces todo cuanto queda del orgulloso reino de Alejandro es “**el rey del sur**”: Egipto. Pero Roma habrá de conquistarlo también.

**Daniel 11:17:** **Afirmará luego su rostro para venir con el poder de todo su reino. Hará convenios con aquel, y le dará una hija por mujer, para destruirlo; pero no permanecerá ni tendrá éxito.**

Una bella mujer, Cleopatra, la “**hija [que le daría] por mujer**”, jugó un importante papel en la entrega de Egipto a Roma. Su padre había sido rey de Egipto. Antes de morir (año 51 A.C.) decretó que la corona de Egipto y su gobernador se había de dar a su hijo e hija conjuntamente, quienes deberían compartirlo. Especificó también que hasta que los dos no hubieran alcanzado la edad para gobernar debían estar bajo la supervisión de los romanos.

Pero pronto empezaron a pelearse entre ellos. El mayor, Ptolomeo, había privado a su hermana Cleopatra de sus derechos. Julio César, el cónsul romano, pidió que ambos comparecieran ante él a fin de decidir cuál de los dos sería favorecido en el juicio. Cleopatra, que ahora ya era una mujer joven, había oído que aquel César era un

hombre licencioso, y decidió ganar su favor apelando a las pasiones carnales de este.

Se empaquetó ella misma en una gran maleta que envió al apartamento del cónsul romano a modo de “regalo” para César. Se entregó el paquete conteniendo aquella joven atractiva al apartamento privado del César. Al abrirlo apareció Cleopatra vestida de forma seductora, dispuesta a fascinar con sus encantos al gobernador de Roma y lograr que pronunciara juicio en su favor. A César le gustó la acción, y el plan de Cleopatra prosperó. En la guerra que siguió se dio muerte a Ptolomeo, y César conquistó Egipto. “Mas no estará ni será por él” (Daniel 11:17, RV 1909). La caprichosa Cleopatra pronto se juntó con el enemigo de César, Antonio, y empleó todo su poder contra Roma.

**Daniel 11:18-19:** Volverá después su rostro a las costas, y tomará muchas; pero un príncipe le hará cesar en su afrenta, y aun hará volver sobre él su oprobio. Luego volverá su rostro a las fortalezas de su tierra; pero tropezará y caerá, y no será hallado.

Los hechos importantes en estos versículos son que César participaría en otra guerra, tras la cual “su oprobio” volvería sobre él. Tendría que volver “su rostro a las fortalezas de su tierra” —la ciudad de Roma—, y allí “tropezará y caerá”.

El año 47 antes de Cristo, César entró triunfalmente en Roma, donde recibió una lluvia de regalos y honores, incluido el título de dictador vitalicio. Hasta entonces Roma había sido una república. Los enemigos de César temían ahora que se hiciera rey o emperador, cambiando la forma ancestral de gobierno romano. En marzo del año 44 antes de Cristo, cuando menos lo esperaba César, se cumplió lo profetizado: “tropezará y caerá”, siendo asesinado en la casa del senado por los que habían sido sus propios amigos. “¿De

qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?” (Marcos 8:36). Así terminó la vida de otro de los más exitosos y poderosos hombres de guerra.

El cielo estaba vigilante, ya que se acercaba el nacimiento del Hijo de Dios.

**Daniel 11:20:** En su lugar se levantará uno que hará pasar un cobrador de tributos por la gloria del reino; pero en pocos días será muerto, aunque no con ira ni en batalla.

En contraste con el guerrero Julio César, Augusto César, su sucesor, fue un hombre de paz. Era famoso por ser “un cobrador de tributos”. Lucas escribió que en aquellos días “se promulgó un edicto de parte de Augusto César, que todo el mundo fuera empadronado” (Lucas 2:1). Era el tiempo del nacimiento de Jesús en Belén. [Antiguamente el empadronamiento, junto a los nombres de las personas incluía un registro de las propiedades, que se empleaba como base para el sistema de tributación].

Los días de Augusto fueron “la gloria del reino” de Roma. La paz era universal, se había frenado la corrupción y mantenido la justicia. Se promovía la cultura del aprendizaje. Murió pocos años antes del nacimiento de Cristo, no asesinado como era tan frecuente, “no con ira ni en batalla” sino pacíficamente en su cama.

**Daniel 11:21-22:** Y sucederá en su lugar un vil, al cual no darán la honra del reino: vendrá empero con paz y tomará el reino con halagos. Y con los brazos de inundación serán inundados delante de él y serán quebrantados, y aun también el príncipe del pacto.

A Augusto lo sucedió ciertamente “un vil”: Tiberio César. Obtuvo “el reino con halagos”, pacíficamente. Como emperador reveló un carácter rematadamente vil, asesinando a inocentes, recurriendo



al disimulo y la adulación a fin de acercarse a sus enemigos, para arrestarlos y matarlos después. Séneca dijo de Tiberio que se mantuvo en un continuo estado de embriaguez desde el tiempo en que comenzó a beber hasta que murió.

Tiberio fue arrastrado por la corriente, por la “**inundación**” de la furiosa revuelta que su vileza había desencadenado. Fue asesinado a los setenta y ocho años. “**Con sus brazos**” había inundado a muchos; ahora el diluvio lo arrastró a él, siendo uno de los “**quebrantados**”.

Pero hubo otro que también fue quebrantado durante el reinado de Tiberio César: “**el Príncipe del pacto**”, Cristo, el Hijo de Dios, mencionado como el “**Mesías Príncipe**” en Daniel 9:25-27. Ese fue el evento más grande en toda la historia del mundo. Elevándose por encima de las olas tormentosas de historia humana corrupta, se yergue esa Roca de los siglos, la cruz de nuestro Señor Jesucristo en quien tenemos salvación eterna.

Observa bien que la muerte de Cristo, el “**Príncipe del pacto**”, confirma más allá de toda duda la interpretación histórica de estos versículos de Daniel 11. Cristo murió una sola vez, bajo el reinado de un solo emperador romano: Tiberio César. Como el experto que estudia la topografía del paisaje, observamos ese hito que asegura hasta aquí la certeza de nuestra comprensión del cumplimiento histórico de esta profecía.

En las últimas horas de Cristo se juntaron a su alrededor personas de todas las partes de la tierra. Los griegos, en representación del estamento culto y refinado de esta tierra, dijeron: “**Queremos ver a Jesús**” (Juan 12:21). El ladrón, en representación de las vidas humanas caídas y fracasadas, se arrepintió estando crucificado junto a Jesús. El soldado romano, un europeo, declaró con

convicción: “**Verdaderamente este era Hijo de Dios**” (Mateo 27:54). Simón el Cireneo, del norte de África, llevó su pesada cruz al Calvario, siendo el precursor de tantos miles de africanos que desde entonces han participado gozosamente de los sufrimientos de Cristo.

**Daniel 11:23-26:** Él, después del pacto, engañará, subirá y saldrá vencedor con poca gente. Estando la provincia en paz y en abundancia, entrará y hará lo que no hicieron sus padres ni los padres de sus padres; botín, despojos y riquezas repartirá entre sus soldados, y contra las fortalezas formará sus designios. Esto durará un tiempo. Despertará sus fuerzas y su ardor con un gran ejército, contra el rey del sur, y el rey del sur se empeñará en la guerra con un ejército grande y muy fuerte; pero no prevalecerá, porque le harán traición. Aun los que coman de sus manjares lo quebrantarán; su ejército será destruido, y muchos caerán muertos.

Hasta aquí el ángel nos ha llevado paso a paso en la historia del mundo hasta el tiempo de la crucifixión de Cristo, el Príncipe del pacto. Eso sucedió cerca del final de las “**setenta semanas**” o 490 años citados en el capítulo noveno.

El versículo 23 debiera iniciar un nuevo párrafo en nuestras Biblias, puesto que el ángel está llevándonos ahora a través de otro viaje, trasladándonos esta vez a la fase final de la obra de Dios en la tierra y al triunfo eterno de su iglesia. Pero antes nos retrotrae hasta el tiempo en que la nación judía hizo un pacto con los romanos (“**después del pacto**”) y nos muestra que desde el momento en que Roma asumió la protección de Judea comenzó a desarrollarse con inteligencia a partir de un ejército pequeño.

Aquel “**pacto**” con los judíos se fraguó el año 161 antes de Cristo, previamente a los días gloriosos de Roma. A partir de entonces su ascensión indisputada al liderazgo mundial fue verdaderamente milagrosa. Mientras que muchos reinos se establecen por la guerra y la conquista, varios reyes legaron sus coronas a los romanos pacíficamente y por propia elección. Naciones distantes oyeron acerca de la sabiduría y justicia de los romanos, y los invitaron a ser sus protectores. Roma hizo además algo que jamás nación alguna hiciera antes: repartió los tributos recaudados y los “**despojos**” entre los pueblos que había conquistado y sometido. Fue su intento por gobernar con justicia y benevolencia para el bien de todos. Fue más tarde cuando Roma se volvió cruel.

“**Las fortalezas**” se refiere sin duda a Roma, la capital, que prosperaría en sus guerras y en su artesanía hasta donde el cielo le permitiera. Algunos consideran la expresión “**un tiempo**” como siendo un año profético, es decir 365 días literales (ver comentario a Daniel 7:25).

El ángel sigue retrocediendo en el tiempo hasta los eventos sucedidos a continuación del pacto hecho con los judíos el año 161 antes de Cristo. Llegamos a la guerra entre Roma y “**el reino del sur**”: Egipto. Marco Antonio se había atrincherado en Egipto, donde estaba sumiso y cautivo de la pasión seductora de Cleopatra, la reina de Egipto. Antonio y Cleopatra reunieron conjuntamente una flota de barcos de guerra. Los reyes de Tracia y Asia Menor se juntaron contra César Augusto y los soldados romanos. La supremacía numérica, los recursos y el poder estaban del lado de Marco Antonio, pero la profecía inspirada había declarado: “**El rey del sur se empeñará en la guerra con un ejército grande y muy fuerte; pero no prevalecerá**”. En el punto álgido de la batalla naval de Accio, el 2 de septiembre del año 31 antes de Cristo, Cleopatra

entró en pánico y se alejó en su barco. Marco Antonio, locamente encaprichado con ella, la siguió, regalando la victoria a Augusto César.

Quienes comían “sus manjares” de la mesa de Marco Antonio: los ejércitos de tierra y los generales que estaban luchando de su lado, indignados por lo que había hecho, cambiaron de bando y se alistaron con los ejércitos de César. Finalmente, nadie permaneció leal al insensato Antonio. Hasta la propia Cleopatra lo traicionó, y desesperado se quitó la vida.

**Daniel 11:27:** En su corazón, estos dos reyes tramarán hacer mal. Sentados a una misma mesa, se mentirán el uno al otro; pero no servirá de nada, porque el plazo aún no habrá llegado.

“Estos dos”, Antonio y César, habían profesado ser amigos leales, pero en realidad eran enemigos que contendían por el trono. A fin de cimentar su “amistad”, Antonio se casó con la hermana de César, pero no prosperó ninguno de los intentos de unirse.

**Daniel 11:28:** Él volverá a su tierra con gran riqueza, y pondrá su corazón contra el pacto santo; hará su voluntad y volverá a su tierra.

Evitaremos confundirnos si tenemos presente que el “rey” mencionado en estos versículos no se refiere necesariamente a un individuo, sino más bien a un reino o poder prominente en la historia. César regresó a Roma con mucha gloria y con el gran botín de su conquista. Su procesión triunfal duró tres días.

Leemos que “[Roma] pondrá su corazón contra el pacto santo”. Escrito para los judíos, eso describe hasta qué punto los romanos estaban contra ellos. Los romanos sabían que Dios había hecho un “pacto santo” con ellos. El general romano Tito sitió durante cinco

meses la ciudad de Jerusalén. Tan terrible fue el hambre, que algunas de las mujeres judías se comieron a sus propios hijos. Eso fue un cumplimiento de la advertencia escrita por Moisés al efecto de que si el pueblo de Dios rehusaba dar oído al mayor de todos los profetas —al propio Jesús cuando viniera—, quedarían privados de su guía y protección. “Comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos y de tus hijas que Jehová, tu Dios, te dio, en medio del sitio y el apuro con que te angustiará tu enemigo” (Deuteronomio 28:49-58). ¡Así de terrible es el final de un pueblo que rechaza al único Salvador del mundo! El año 70 de nuestra era, Tito destruyó completamente la ciudad de Jerusalén y el magnífico templo.

**Daniel 11:29-30**, LBLA: En el tiempo señalado volverá y entrará en el sur, pero esta última vez no resultará como la primera. Porque vendrán contra él naves de Quitim, y se desanimará; volverá y se enfurecerá contra el pacto santo y actuará contra él; volverá, pues, y favorecerá a los que abandonen el pacto santo.

Llegamos ahora al tiempo en que Roma se había debilitado y corrompido. El traslado de la capital a Constantinopla fue el preludio de la desintegración final y conquista del Imperio romano por parte de los bárbaros de África y Europa en el año 476 de nuestra era. Las piernas de hierro de la imagen profética de Nabucodonosor que representaban el Imperio pagano de Roma daban ahora lugar a los reinos divididos de Europa, representados en los pies de hierro y de barro.

La más importante entre las naciones bárbaras que destruyeron el Imperio romano fueron los vándalos del norte de África. Tenían la capital en la ciudad de Cartago, en la costa mediterránea. El lenguaje hebreo, mediante la palabra “Quitim” solía referirse a todas las costas e islas del Mediterráneo. Los vándalos luchaban

contra el Imperio romano y saqueaban Roma con sus numerosas embarcaciones que navegaban desde Cartago.

Bien se podía decir de Roma: “se desanimará”. La gloria del Imperio romano pagano se extinguía.

Comienza ahora otro tipo de actividad. Irrumpe en la escena el poder representado por el “cuerno pequeño” que vimos en Daniel 7:21-25. Los vándalos, quienes habían conquistado Roma junto a otras dos tribus bárbaras —los hérulos y los ostrogodos— se oponían al poder emergente del papado. Ya nos referimos a esos tres reinos en el capítulo séptimo. Son tres de los “diez reinos” de la cuarta bestia (Roma). Están representados allí por los tres cuernos arrancados al surgir el “cuerno pequeño”: el papado.

El emperador romano Justiniano quería conquistar Cartago y a los vándalos, como castigo por sus incursiones contra Roma, pero temía comenzar aquella guerra, ya que el ejército romano ya no era tan poderoso como antes. El ánimo que necesitaban les vino del obispo católico romano, quien les amonestó a conquistar a los vándalos debido a que los consideraba “enemigos de Cristo”.

Así, el emperador romano “se entenderá con los que abandonen el santo pacto” (RV 1995). Los obispos ciertamente habían abandonado el verdadero evangelio de Jesucristo.

Fue con el propósito de conquistar a los vándalos y a sus afines, por lo que el emperador Justiniano decretó su famoso edicto por el que declaraba al obispo de Roma como “cabeza de la iglesia” y “corrector de herejes”. Así nació el papado en el año 538 de nuestra era, en preciso cumplimiento de la profecía de Daniel. El mundo comenzaba a entrar en su media noche, en el oscurantismo medieval del predominio papal.

**Daniel 11:31:** Se levantarán sus tropas, que profanarán el santuario y la fortaleza, quitarán el *sacrificio* continuo y pondrán la abominación desoladora.

¿Presenciaste alguna vez un espectáculo en la penumbra, donde los focos iluminan a los diferentes actores que van siendo alternativamente el centro de atención dependiendo del momento concreto? El capítulo once de Daniel es el escenario para los 2.300 años de Daniel 8:14 y hasta el “**tiempo del fin**”. Versículo a versículo, el foco de la profecía inspirada va iluminando para nosotros el reino o poder que es significativo en cada momento según la revelación divina. La clave está en la interacción que tiene ese poder con la obra de Dios en la tierra.

Pasamos ahora de Roma pagana a Roma papal. El versículo nos retrotrae a Daniel 8:11-12, donde leímos acerca del “**cuerno pequeño**” que quitó el “**continuo**” y echó “**por tierra la verdad**”. Por lo tanto, el versículo 31 de Daniel 11 explica Daniel 8:11-13. Ahora la capital del Imperio romano se ha trasladado de Roma a Constantinopla (la actual Estambul), y el obispo de Roma queda como la persona más importante en el oeste. El foco de la atención profética se dirige entonces al papado, quien está haciendo algo muy significativo: está absorbiendo, tomando sobre sí mismo el paganismo, la filosofía del “**continuo**” prevaricar o transgredir.

“**Sus tropas**” se refiere al poder militar empleado para apoyar al papado y darle la supremacía. “**El santuario y la fortaleza**” se refieren también al lugar dedicado al poderío militar. En hebreo, la palabra es *miqedásh*, un término diferente a *códesh* que se emplea en Daniel 8:14, y que sólo se puede referir al santuario de Dios (en Isaías 16:12 y en Ezequiel 28:18 vemos que *miqedásh* puede significar un santuario pagano: el de Satanás). Algunos eruditos ven “**el santuario y la fortaleza**” como la sede del

paganismo político, es decir, la ciudad de Roma, que había sido el centro del paganismo mundial hasta ser saqueada a partir del año 410 de nuestra era (inicio de las invasiones bárbaras). En todo caso, el término hebreo empleado aquí para santuario no puede referirse al santuario de Dios en el cielo.

Tal como vimos en capítulo octavo de Daniel, la palabra “sacrificio” no figura en las copias de los manuscritos originales hebreos [sí en la LXX], donde “**continuo**” no está precedido de “sacrificio”. Se refiere al azote “**continuo**” del paganismo, que puso a prueba al pueblo de Dios en su exilio babilónico, continuando posteriormente hasta el tiempo del papado, que demostró ser un azote todavía peor. La visión (hebreo: **hâzôn**) del capítulo octavo presenta esa dualidad de poderes del mal: “**el continuo**” y “**la prevaricación asoladora**”, siendo el segundo el más letal.

En la visión (**hâzôn**) de Daniel 8:11-13 el profeta vio el paganismo siendo absorbido e incorporado por el “**cuerno pequeño**”: el papado. Es un hecho singular en el desarrollo de la historia del mundo. Diversas autoridades han comentado al respecto, quizá con mayor sabiduría de la que imaginaron poseer:

“Cuanto más suplantó el cristianismo [catolicismo romano] a la adoración pagana, más absorbió los elementos del paganismo”.

“Mientras que los protestantes tradicionalmente han sostenido la idea de una iglesia sincretizada a fin de justificar su existencia, la investigación reciente ha demostrado que el paganismo de la antigüedad tardía no murió tras el siglo cuarto, sino que se adhirió a la iglesia remodelándola... la asimilación de elementos paganos por parte de la iglesia, con la consecuente caída de Europa en el oscurantismo”.



“El paganismo es un eclipse continuo de la gracia divina. Muchos cristianos viven en la penumbra de ese siniestro eclipse”.

Pero en Daniel 11:31 se emplea un verbo hebreo diferente. Del paganismo no se dice aquí que haya sido absorbido por el cuerno pequeño, como es el caso en el capítulo octavo, sino “quitarán”. Aunque absorbido religiosa y filosóficamente, el paganismo sería *quitado política y militarmente*, de forma que ya no hubiera poder terrenal capaz de oponerse al papado. Según el versículo precedente (Daniel 11:30), los profesos seguidores de Cristo abandonaron “el santo pacto” en el cual Dios había prometido ser su apoyo poderoso, y prefirieron en su lugar encontrarlo en el gobierno civil, mediante “sus tropas”, sus generales y capitanes del ejército. Eso preparó el camino para que se estableciera “la abominación desoladora” [el papado], algo que demostró ser más devastador que el “continuo” [el paganismo] que el papado quitó.

La visión que Dios dio a Daniel describe la religión del papado como paganismo vestido con ropaje cristiano. Cristo dijo: “El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna y no vendrá a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24). Esa fe de Jesús es lo opuesto a “la abominación desoladora”.

**Daniel 11:32:** Con lisonjas seducirá a los violadores del pacto; pero el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.

Cuando el bien se corrompe, en lugar de la atracción de Cristo ha de recurrir a “lisonjas” y seducción para lograr sus fines. La fe de Jesús fue la verdad más pura, bella y poderosa que el mundo haya conocido. En los días de Cristo —como en los nuestros— hasta sus enemigos eran incapaces encontrar falta en él (Juan 18:38; 19:4 y 6). Satanás aprendió a no oponerse a Cristo abiertamente. Tenía

que seducir al cristianismo con “lisonjas” desde el interior, y el papado fue su agente.

La apostasía tuvo lugar en diversos pasos:

(1) Los tempranos “padres” de la iglesia comenzaron a interpretar la Biblia según el pensamiento pagano. Probablemente la primera enseñanza cristiana que resultó corrompida fue la doctrina sobre el amor, que se expresa con la palabra **ágape** en el lenguaje del Nuevo Testamento (el griego). La idea helenística del **eros** infiltró gradualmente el concepto del **ágape**. De forma paralela, la iglesia absorbió la idea de la inmortalidad natural del alma.

(2) A fin de lograr más conversos se alteró la enseñanza de la Biblia para acomodarla a la veneración de los ídolos introducida en violación del segundo de los diez mandamientos. A fin de lograr tal fin se eliminó el segundo mandamiento, y el décimo se dividió en dos para que se mantuvieran numéricamente diez.

(3) El verdadero sábado, el recordatorio de la creación de Dios, se fue poniendo a un lado gradualmente, y se exaltó en su lugar el primer día de la semana, dedicado por los antiguos paganos a la adoración del sol. De esa forma se eliminó el sello de la autoridad del Dios del cielo.

(4) La Biblia dejó de ser accesible para la gente común. Se la declaró tan difícil de entender, que solamente los curas o el clérigo la podían interpretar. De esa forma se acalló la voz del Espíritu Santo.

(5) Debido a la enseñanza falsa de que los muertos viven, se abrió la puerta a la veneración de la virgen María y de los “santos”. De esa forma se desvió la atención de Cristo, único en quien tenemos perdón, hacia los méritos del propio hombre pecaminoso. Eso ha

evolucionado hasta los esfuerzos contemporáneos por hacer de María la corredentora.

(6) El papa y los sacerdotes se arrogaron el derecho a perdonar pecados, algo que pertenece exclusivamente a Cristo. Se procuró que las personas confiaran en sus propios esfuerzos y obras para la salvación, en lugar de creer solamente en la justicia y salvación traídas por el Hijo de Dios.

(7) Se abolió la libertad religiosa. Bajo pena de cárcel, tortura y muerte, se forzó a los hombres a profesar una fe que podían no albergar en sus corazones. Durante la Edad Media se martirizó por el simple delito de confesar a Cristo como el único Salvador, en lugar de rendir homenaje al “misterio de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:7).

Pero siempre ha habido algunos en diversos lugares, de los que se puede decir “[conoce a su Dios](#)”. El Señor Jesús siempre ha tenido en todo país y en cada generación quien le sirva fielmente. Entre quienes resistieron valientemente esas falsas enseñanzas estuvieron los valdenses, quienes encontraron refugio en los Alpes del Piamonte. Contribuyeron a preservar para nosotros la luz del conocimiento de Dios. Fueron precursores de la Reforma protestante. Mantuvieron viva la fe en el ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial. Se desangraron y murieron para que nosotros podamos gozar hoy de libertad religiosa, y para que en nuestros días pudiera brillar la luz gloriosa de la verdad de Cristo. En nuestro tiempo hay miles que lo conocen verdaderamente, que no venderán a ningún precio su fe en él. ¡Ojalá estemos entre ellos!

**Daniel 11:33**, LBLA: Los entendidos entre el pueblo instruirán a muchos; sin embargo, durante muchos días caerán a espada y a fuego, en cautiverio y despojo.

Los “muchos días” fueron 1.260 años. Fieles siervos de Dios como los valdenses, presentándose como comerciantes, viajaron por toda Europa enseñando el conocimiento de la Biblia y el ministerio de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote. Lo llevaron a cabo de forma discreta y silenciosa por el bien de quienes estuvieran dispuestos a escucharlos.

**Daniel 11:34-35**, LBLA: Cuando caigan recibirán poca ayuda, y muchos se unirán a ellos hipócritamente. También algunos de los entendidos caerán a fin de ser refinados, purificados y emblanquecidos hasta el tiempo del fin; porque aún está por venir el tiempo señalado.

Hombres como John Wycliffe en Inglaterra, Huss y Jerónimo en Bohemia, y Lutero en Alemania proveyeron la “ayuda” que menciona el texto. Se enseñó a los creyentes a ejercer fe solamente en Cristo como Sumo Sacerdote, quien “vive perpetuamente para interceder por” todos los que creen en él (Hebreos 7:25, LBLA). ¡No hay poder en el cielo o en la tierra capaz de “quitar” su ministerio celestial! Miles fueron liberados de las cadenas de oscuridad que habían atado sus almas.

Pero finalmente la propia Reforma resultó corrompida. Los reformadores desfallecieron en su lucha constante y procuraron la ayuda y soporte de sus respectivos gobiernos para hacer triunfar la verdad, en lugar de depender sólo de Cristo. ¡Se reeditó el problema perenne de la unión de iglesia y estado! El mensaje del evangelio resultó asfixiado por la exaltación egoísta y el poder político. La Iglesia protestante vino también a caer cautiva en

manos de gobernantes de este mundo. Dijo el ángel: “**Muchos se unirán a ellos hipócritamente**”, con “**lisonjas**”.

La Reforma que iniciaron Wycliffe y Lutero sigue hoy en progreso. Ciertamente queremos estar junto a quienes siguen la luz creciente de Cristo, de forma que se pueda decir de nosotros: “**Pero el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará**” (Daniel 11:32).

Se nos lleva ahora al “**tiempo del fin**”. En el séptimo capítulo vimos que el papado gobernaría tiránicamente sólo por 1.260 años. El año 1798 Berthier tomó prisionero al papa, debilitando su poder temporal. Terminó el oscurantismo de la Edad Media. Ese fue el punto de partida del “**tiempo del fin**”. ¡Hoy estamos viviendo en él!

**Daniel 11:36-39:** El rey hará su voluntad, se ensoberbecerá y se engrandecerá sobre todo dios; contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará hasta que sea consumada la ira, porque lo determinado se cumplirá. Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres, ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá. Pero honrará en su lugar al dios de las fortalezas, un dios que sus padres no conocieron; lo honrará con oro y plata, con piedras preciosas y cosas de gran precio. Con un dios ajeno se hará de las fortalezas más inexpugnables, colmará de honores a los que lo reconozcan, los hará gobernar sobre muchos y repartirá tierras como recompensa.

“El rey” es aquí obviamente el poder que va a ser el centro de atención en ese tiempo particular de la historia, cerca del final de los 1.260 años de la supremacía papal. La larga noche se estaba acercando a su final. El protestantismo liberó a multitudes del servilismo y control papal. Ahora uno de sus “hijos” más leales se levantaba en rebelión contra las enseñanzas del papado. Esas enseñanzas falsas [junto a la intolerancia religiosa resultante]

provocaron la más espantosa depravación en la población de una de las naciones más avanzadas de Europa: el reino de Francia.

En este punto de nuestro estudio examinaremos esta profecía tal como hicieron las iglesias protestantes de principios del siglo XIX. Miles de creyentes despertaron como de un largo sueño al darse cuenta de que los libros de Daniel y Apocalipsis no estaban sellados, sino abiertos para su estudio y comprensión. Poco tiempo después del final de los 1.260 años se constituyeron las grandes sociedades bíblicas en Inglaterra, América y otros países. En muchas denominaciones se dio un gran “despertar adventista” que emocionó a multitudes de cristianos verdaderos. El “[tiempo del fin](#)” había comenzado al terminar los 1.260 años de supremacía papal. Por fin amanecía tras la larga noche medieval.

Comprendieron que las palabras de Jesús “[no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca](#)” (Mateo 24:34) significaban que Jesús había planeado regresar en sus días.

Aquellos creyentes cristianos llegaron a comprender el libro de Daniel prácticamente tal como lo hemos presentado en este volumen. Era como un rompecabezas cuyas piezas comenzaban a encajar. No cabían en sí por la alegría de ver cómo se complementaban las profecías de Daniel y Apocalipsis, constituyendo una preciosa cadena de verdad aplicable a sus días en el presente: la “[verdad presente](#)” según expresión de 2 Pedro 3:1. Un evento tras otro en la historia de sus días validaba su comprensión de la profecía del libro de Daniel.

Se producen entonces acontecimientos tumultuosos en la gran nación de Francia (que había ayudado recientemente a que los jóvenes Estados Unidos de América logaran su independencia). Para ese nutrido grupo de cristianos devotos, el levantamiento

gigantesco de Francia parecía ser el preciso cumplimiento de esta profecía. Un detalle tras otro confirmaba que ocupaba un “lugar” inspirado en el cuadro profético.

En occidente los ojos de todos estaban puestos en Francia, y en esta conclusión del capítulo 11 del libro de Daniel el foco de interés profético está puesto también en esa nación como actor central en la escena.

En 1793 los líderes de Francia descartaron abiertamente la religión cristiana que ellos creían representada en el catolicismo romano. Por si fuera poco descartaron también la Biblia en marcada ignorancia de las enseñanzas que contiene. En nombre de la nación de Francia negaron oficialmente la existencia de Dios: una declaración singular, por tratarse de uno de los decretos de la Asamblea Francesa que gobernaba, y no de una opinión privada expresada por individuos particulares. Mientras que las “Trece Colonias” habían declarado oficialmente la creencia de que “todos los hombres son *creados* iguales”, ¡Francia declaraba oficialmente la no-existencia del *Creador*! Así, “**el rey** [el propio gobierno] **hará su voluntad**”, “**sobre todo se engrandecerá**”, “**se ensoberbecerá y se engrandecerá sobre todo dios**”, y “**contra el Dios de los dioses hablará maravillas**”.

¡Hasta el obispo romano de París se sumó a ese movimiento ateo! Declaró públicamente que toda su vida había estado engañado al seguir la religión “cristiana”, y afirmó abiertamente que Dios no existe. Siguieron su ejemplo muchos que habían profesado ser cristianos toda su vida.

“**Del Dios de sus padres no** [hizo] **caso**”. Se prohibió cualquier tipo de adoración cristiana. El gobierno se apropió del oro y la plata de las iglesias. Las campanas de iglesia se fundieron y transformaron

en cañones. Se quemó públicamente la Biblia. Se abolió la semana bíblica de siete días, que fue sustituida por la repetición de ciclos de diez días. Se abolió el matrimonio como ordenanza sagrada, que sería vigente sólo a voluntad y conveniencia de las dos partes. El gobierno ateo “no hará caso ... del amor de las mujeres”: despreció el deseo natural de hombres y mujeres por amor y cuidado en el seno de una familia para toda la vida.

Pronto esa revolución desbocada atemorizó a los propios gobernantes de Francia. Comprendieron que las personas necesitan adorar algo, en caso contrario se extinguen la ley y el orden. Descubrieron “un dios que sus padres no conocieron”: escogieron a una bailarina popular de reputación dudosa y poco vestida para representar la “Razón”, y se la expuso ante el pueblo como siendo el objeto apropiado de su sacrificio y adoración. Ese fue el nuevo “dios” que habría de tomar el lugar del “Dios [de] sus padres”. Llevaron aquella mujer a la catedral de Notre-Dame y la instalaron como la “Diosa de la razón” nacional. En todo el territorio francés se hicieron ceremonias similares.

Ese dios podía llamarse con toda propiedad el “dios de las fortalezas”, ya que el propósito de instituir aquella adoración pública de la razón era asegurar la lealtad y apoyo del pueblo a los ejércitos de Francia, que muy pronto se embarcarían en un intento de conquistar el mundo.

Cuando la cristiandad es pura, es una agencia poderosa para la luz, progreso, libertad y prosperidad de una nación. Pero la “cristiandad” corrupta y apóstata es paganismo disfrazado de cristianismo. Deja sin restricción el orgullo y la adoración al yo propios del corazón natural (el *gada1* del “continuo” citado por Daniel). Tiende siempre a provocar un odio descomedido como el de la Revolución francesa de 1793-1799. David escribió: “Andaré



en libertad porque busqué tus mandamientos” (Salmo 119:45). El yugo de Cristo es “fácil”, y su carga “ligera” (Mateo 11:28-30).

Los líderes de la revolución y ateísmo en Francia ocuparon “las fortalezas más inexpugnables”: la autoridad del gobierno, hasta 1799. Uno de los hechos más notables en la Revolución fue la confiscación y redistribución de la riqueza en unos dos tercios del territorio de Francia, que anteriormente había estado en forma de fincas gigantescas en manos de la iglesia de Roma y de los nobles y gobierno anteriores. Ese territorio se dividió y subastó en pequeñas piezas a todo el que pudo comprarlas. Así, se cumplió la profecía: “Repartiré tierras como recompensa”.

En medio del terror de la Revolución francesa surgió una de las figuras más prominentes del siglo XIX: Napoleón Bonaparte. A comienzos de siglo multitudes de protestantes y católico-romanos vieron esa historia delineada en el capítulo undécimo de Daniel. De haber estado allí, también nosotros lo habríamos visto.

¿Sería posible que lo que fue “verdad presente” entonces siga siendo hoy verdad actual? Este libro toma la posición de que era verdaderamente la intención de Jesucristo regresar por aquel tiempo a la tierra para reclamar a su pueblo durante el período en que vivieron aquellos que comenzaron a comprender Daniel y Apocalipsis al iniciarse el “tiempo del fin”. Sus exposiciones proféticas fueron cuidadosamente estudiadas; sus conclusiones, muy elaboradas y razonadas. La verdad sigue siendo verdad. La Palabra de Dios no ha fallado, pero sí lo ha hecho su pueblo, que ha dejado de avanzar en la luz siempre creciente de la justificación por la fe. Sus fracasos han demorado la conclusión victoriosa del gran conflicto entre Cristo y Satanás. El retraso no se ha debido a una comprensión profética equivocada, sino al fracaso en captar las revelaciones del “evangelio eterno” que llevan a la humillación del

yo. Ese evangelio aún tiene que alumbrar la tierra con su gloria cuando el mensaje de Apocalipsis 18 se proclame finalmente con claridad y poder.

**Daniel 11:40:** Al cabo del tiempo el rey del sur contendrá con él; y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con carros y gente de a caballo y muchas naves; y entrará por las tierras, las invadirá y pasará.

Recordamos cómo el ángel habló repetidas veces a Daniel al principio de este capítulo sobre el “rey del norte” y el “rey del sur”. Son los dos principales actores en esta profecía. Son los poderes que han habitado respectivamente las zonas norte y sur de lo que fue originalmente el Imperio de Alejandro Magno. Este parece ser el patrón básico de identidad que Dios ha elegido.

Evidentemente, la razón por la que el Señor es tan esmerado en los detalles relativos a esas oscuras guerras de conquista y reconquista entre los reyes del norte y del sur, es para establecer nuestra fe más allá de toda duda, en el cumplimiento también de la última parte de esta profecía. Egipto ha permanecido como el “rey del sur” a lo largo de la historia, y el estado islámico ha ocupado por siglos el territorio que anteriormente ocupó el “rey del norte”.

No parece haber razón en la profecía para asumir que el ángel quiera ahora que Daniel comprenda los reyes del norte y del sur de forma distinta. Hasta aquí la profecía de este capítulo ha sido muy clara y directa, no simbólica. Sabiendo que el ángel está continuando con el mismo lenguaje claro que ha empleado en los versículos 1-39, describe una conmoción entre las naciones al final del “tiempo del fin” (que ya hemos identificado como comenzando en 1798).

Hubo quienes estudiaron reverentemente la Biblia en el tiempo de aquellos eventos y también poco tiempo después, lo que les permitió analizarlos con cierta visión retrospectiva, y desarrollaron ciertas convicciones respecto a cuál podía ser su significado. La guerra aludida tuvo lugar aquel mismo año. Napoleón consideró que los egipcios habían cometido ultrajes contra Francia, y les declaró la guerra. Con una fuerza mayor, y amenazando con conquistar Egipto, provocó al sultán de Turquía, quien se puso del lado de los egipcios. El 2 de septiembre de 1798 el sultán declaró la guerra a Francia. Los ingleses se añadieron a los turcos, y con las “muchas naves” de sus fuerzas militares unidas forzaron a Napoleón a retirarse por primera vez en toda su carrera. Esos eventos bien conocidos en lo que era historia para aquel presente, reforzaron las convicciones de los estudiosos de la Biblia respecto a que había comenzado “el tiempo del fin”.

Sabemos que Dios ha dedicado un capítulo entero en Apocalipsis a la historia del Islam en la profecía: el noveno. ¿Podría estar de igual forma dirigiendo nuestra atención a un pasaje en cierta forma paralelo? Sabemos que el Islam ocupa en la escena mundial una posición más prominente de la que nadie imaginaba en la generación que nos precedió.

Pero la comprensión dista mucho de ser completamente satisfactoria. No podemos ir más lejos que reafirmarnos en que la historia cumple la profecía, esperando que el Espíritu Santo enseñe a la iglesia del presente a comprenderla con mayor claridad en la parte que queda por cumplir. La abundante evidencia estableció la fe profética de cristianos concienzudos en el siglo XIX. Nuestros fracasos espirituales, la tibieza de nuestra devoción por Cristo, no son el resultado de una deficiente comprensión de Daniel y Apocalipsis por parte de los cristianos del siglo XIX, sino de nuestra

propia deficiencia en captar la luz creciente del evangelio de la justicia por la fe de Cristo.

**Daniel 11:41:** Entrará en la tierra gloriosa, y muchas provincias caerán; pero escapan de sus manos Edom, Moab y la mayoría de los hijos de Amón.

“La tierra gloriosa” es una expresión que parece poder aplicarse solamente a la tierra de Palestina de la que Daniel fue nativo: el lugar de habitación del pueblo de Dios por entonces. Las fuerzas islámicas, ayudadas por los ingleses, barrieron Palestina para empujar a franceses y egipcios de vuelta al sur en 1800-1801. Es digno de mención que los pueblos que modernamente ocupan el antiguo territorio de los edomitas, moabitas y amonitas escaparon al saqueo y destrucción en aquel tiempo. Los estudiosos de la Biblia contemporáneos de esos eventos vieron eso como un cumplimiento de ese particular.

**Daniel 11:42-45:** Extenderá su mano contra las tierras, y no escapará el país de Egipto. Se apoderará de los tesoros de oro y plata, y de todas las cosas preciosas de Egipto. Los de Libia y de Etiopía lo seguirán. Pero noticias del oriente y del norte lo atemorizarán, y saldrá con gran ira para destruir y matar a muchos. Plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo; pero llegará a su fin, y no tendrá quien lo ayude.

Algunos estudiosos de la Biblia comprendieron las “noticias del oriente y del norte lo atemorizarán” como la provocación de Rusia y Persia que llevó a la guerra de Crimea en 1853-1856, y a la guerra entre Rusia y Turquía en 1877. Turquía, aunque inferior, se lanzó con ira y luchó salvajemente.

Pero no era rival para el superior poderío de Rusia. Parecía que Turquía iba a tener su final allí y entonces, pero en ese momento

Inglaterra y Francia intervinieron para ayudarlo, y Rusia debió retroceder.

Desde aquel tiempo la nación islámica de Turquía ha sido percibida como el enfermo de oriente que es sostenido artificialmente por los grandes poderes de Europa y América que no quieren verla caer conquistada por Rusia. Las naciones se han dado cuenta más que nunca de que la llave para el dominio mundial está en Oriente Próximo. Turquía se ha aferrado a su más bien pequeño territorio en Europa en las décadas pasadas, estando al borde de la destrucción en dos guerras mundiales en las que resultó profundamente amenazada, pero librándose en ambos casos. Algo parece haber retardado la lucha final.

Eventos en Oriente Próximo bien podrían haber destruido la paz mundial. Los hidrocarburos parecen haberse convertido en el bien máspreciado, y Oriente Próximo posee gran parte de la reserva mundial. Lo que hace con su petróleo, cuánto produce y qué precio le pone, afecta a la mayor parte de los países. El Islam, aparentemente dormido desde hace largo tiempo, ha despertado a una nueva yihad —o guerra santa— en busca de la superioridad religiosa, política y económica. Y el petróleo es ahora su arma.

No parece sabio abandonar ahora la comprensión que el pueblo cristiano adquirió de esas profecías durante el gran despertar adventista del siglo XIX. Hay evidencia inconfundible de que el Espíritu Santo obró en aquel prodigioso movimiento espiritual. ¿Quién podía entonces prever que las naciones del Islam y Oriente Próximo estarían hoy entre las más influyentes y estratégicamente situadas del mundo? Mucho en el capítulo undécimo de Daniel ha tenido relación con lo sucedido en Oriente Próximo. Quizá la sección final encuentre también allí su cumplimiento.

No hay duda de que en la segunda mitad del siglo XIX todas las cosas estaban a punto para el final de la historia de este mundo y la segunda venida en gloria de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Sólo una cosa impedía el cumplimiento de la profecía de Daniel: el pueblo de Dios no estaba preparado.

“El Señor no retarda su promesa según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

Desde el tiempo en que los ángeles han estado reteniendo el estallido de la batalla de Armagedón, el Espíritu Santo ha hecho una obra poderosa en todo el mundo. Miles que anteriormente estuvieron en las tinieblas del paganismo viven hoy en la alegría de conocer al Salvador. Cuán agradecidos debiéramos estar porque el versículo 45 no se haya cumplido todavía, pues una vez que lo sea tendrán inmediatamente lugar los eventos finales delineados en el capítulo duodécimo, y la oportunidad o tiempo de prueba para responder al Señor habrá expirado por siempre.

Cuando el rey del norte (quienquiera sea) “llegará a su fin y no tendrá quien lo ayude”, Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote al que el ángel llamó “Miguel”, habrá de dejar a un lado su oficio de Salvador y disponerse a venir pronto como “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 17:14). Entonces el cielo emitirá un decreto: “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apocalipsis 22:11).

Hasta ese día fatídico (para muchos), las naciones esperan ansiosamente que “el rey del norte” llegue “a su fin”, mientras que los siervos del Señor siguen los movimientos de su Sumo Sacerdote

en el santuario celestial. “Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:7-8).

‘Señor, vemos que las palabras del ángel a Daniel describen lo que sucede hoy en el mundo. Nuestros corazones sienten la solemnidad de saber que pronto llegarán a su fin todas las cosas terrenales. Estás esperando solamente que tu pueblo encuentre en Jesús al único y completo Salvador del egoísmo y el pecado. ¡Ojalá tu espera no sea en vano! Antes que el sol se ponga en el cielo occidental, escribe nuestros nombres en tu libro de la vida. Amén.’